

CÁRLOS GUIDO SPANO

Hijo del general Tomás Guido, nació en Buenos Aires en 1829.
Ha ocupado varios empleos públicos; pero los ha dejado para vivir en el retiro.
Se distinguió por su filantropía, como miembro de la *Asociación popular*, que se formó durante la epidemia de fiebre amarilla que en 1871, diezmo aquella población.
Una edición de sus poesías, de 1871, corre bajo el título de *Hojas al viento*.
Es uno de los escritores más queridos en la nueva generación argentina, tanto por su talento como por su bello carácter.

EN LOS GUINDOS

Tenia yo diez y ocho años — ella
Apenas diez y seis; rubia, rosada;
No es por cierto más fresca la alborada.
Ni más vivida una fulgida centella.

Un día Adriana bella
Conmigo fué al vergel á coger fruta,
Y así como emprendimos nuestra ruta,
Absorto me fijé por vez primera,
¡Cuán atractiva y cuán hermosa era!

Llevaba un sombrerillo
De paja, festoneado con adornos
De flores de canela y de tomillo,
Y realzando sus mórbidos contornos,
Un corpiño ajustado,
Saya corta, abultada, de distintas
Labores, hácia el uno y otro lado
Recogida con lazos de albas cintas.
Como nuestro paseo se alargaba,
La ofrecí el brazo; me arrojé al sentirla
Que en él lánguidamente se apoyaba.
Confuso y sin saber el qué decirle,

Me desasí. — Trepéme á un alto guindo,
Desde cuyo ramaje de esmeralda
El bello fruto ya en sazón le brindo,
Que ella con gracia recogió en la falda.
¡Oh delicioso instante!
¡Oh secretos de amor! ¿cuál mi ventura
Podré pintar, mi sangre llameante,
Al ver desde la altura,
Su seno palpitante,
Su voluptuosa y cándida hermosura?
¿Acaso Adriana adivinó en mis ojos
El fuego intenso que en mi alma ardia?
¿Esa la causa fué de tus sonrojos?
« Aquella guinda alcanza, me decía,
Que está en la copa; agárrate á las ramas,
No vayas á caer. — Y tú, si me amas,
Qué me darás? » — Bermeja cual las pomos
Que madura el estío en las laderas,
Contestó, apercibiendo dos palomas
Blancas, ébrias de amor: « ¡Lo que tú quieras! »

A NYDIA

Todo acabó; extinguida
La antigua llama siento,
No exhale ni un lamento
Mi altivo corazón;
Que el más profundo olvido,
Rasgada ya la venda,
Sobre mi amor extiende
Su fúnebre crespon.

¡Oh, cuánto te adoraba!
¿Por qué no confesarlo?

Cautivo sin pensarlo
Me ví de tu beldad;
Y hoy mismo que me ofendes,
Si he roto mis cadenas,
Á costa de hartas penas
Compré mi libertad.

Soy libre: hinche mi vela
El huracán ¡oh Nydía!
Quizás tengas envidia
De la perdida fé.

Yo al ménos no he enturbiado
La fuente refrescante
En que rendido amante
Tu imágen adoré.

¿Por qué tiernos recuerdos
Me asaltan de otros días,
Flotantes de armonías
De un canto que espiró.
Aun cuando el sol se esconda
Tras las nevadas cumbres,
Revelan sus vislumbres
Que fúlgido pasó.

Pasó; densa neblina
Me cerca y noche triste,
Tú en el festín rompiste
La copa al desbordar.
Me han dicho que aun te acuerdas
De nuestro amor inmenso,

¡Qué mucho! del incienso
Imprégnase el altar.

Si fuera vengativo
¡Qué mas dulce venganza
Dejar de mi esperanza
Las huellas en tu eden,
Y que tu adusto dueño
A quien su dicha asombra,
Pasar viese una sombra
Por tu anublada sien!

Mas, no, nada perturbe
Tu misteriosa calma,
¿A qué agitar la palma
Que cobijó mi amor?
Olvidame, y que el cielo
Dé paz á mi existencia;
Yo guardaré la esencia
De la marchita flor.

NENIA

En idioma guaraní,
Una jóven paraguaya,
Tiernas endechas ensaya
Cantando en el harpa así,
En idioma guaraní:

¡Llora, llora, ùrutaú
En las ramas del yatay,
Ya no existe el Paraguay.
Donde nací como tú;
Llora, llora, ùrutaú!

En el dulce Lambaré
Feliz era en mi cabaña;
Vino la guerra, y su saña
No ha dejado nada en pie
En el dulce Lambaré!

Padre, madre, hermanos ¡ay!
Todo en el mundo he perdido;
En mi corazón partido
Solo amargas penas hay;
Padre, madre, hermanos ¡ay!

De un verde ùbirapitá,
Mi novio, que combatió
Como un héroe en el Timbó,

Al pié sepultado está
De un verde ùbirapitá.

Rasgado el blanco *tipoy*
Tengo en señal de mi duelo,
Y en aquel sagrado suelo
De rodillas siempre estoy,
Rasgando el blanco *tipoy*.

Lo mataron los *cambá*
No pudiéndolo rendir;
Él fué el último en salir
De Curucú y Humaitá;
¡Lo mataron los *cambá*!

¿Por qué, cielos, no morí
Cuando me estrechó triunfante
Entre sus brazos mi amante
Después de Curupaití?
¿Por qué, cielos, no morí?

¡Llora, llora, ùrutaú
En las ramas del yatay;
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú;
Llora, llora, ùrutaú!

MANUEL INURRIETA

Nació en Buenos Aires en 1809.

Tomó parte en la revolucion del Sur, contra Rosas; emigró á Montevideo y sirvió en aquel sitio como voluntario, hasta que volvió en el ejército de Caseros que hundió á Rosas; se dedicó al comercio y vivió y murió en Montevideo en 1869.

El resto de su familia pereció en el naufragio del vapor *America* el 24 de diciembre de 1871.

LA CADENA DE PELO

Porque te tenga presente,
Ó me sirva de consuelo,
Envióme una amiga ausente,
De los rizos de su frente
Una cadena de pelo.

Para tiernos corazones,
Esas hebras combinadas
Son poderosas prisiones,

Mas que gruesos eslabones
De cadenas remachadas.

Mas no os de, señora, pena,
Solo es prenda de amistad;
No á esclavitud me condena:
Traigo al cuello una cadena
Sin perder mi libertad.

LA QUE VI EN EL BAILE

Era jóven y era linda,
De una estatura mediana,
Negro el cabello, ojos grandes,
La mejilla sonrosada;
En su festivo semblante
De expresion abierta y franca,
Por una mano invisible
La bondad lleva grabada.
Dulce su voz, armoniosa,
Penetrantes sus miradas,
De afable y sencillo trato,
Alegre como una pascua,
Sin melindres de doncella
Ni escrúpulos de beata,
De blanco toda vestida
De sencillez hace gala:
Tanto mas bella parece
Cuanto ménos esmerada.
Chalcito color celeste,
Sujeto al pecho llevaba
Con una *mariposita*
De filigrana de plata,

En cada una de sus formas,
En sus modales, en su habla,
Hay un secreto que hechiza,
Hay un hechizo que encanta.
Cuando baila ¡qué donaire!
¡Qué gentileza, qué gracia!
Si parece que no toca
Al suelo la leve planta.
Entre el bullicio y tumulto
De la alegre contradanza,
Atónito la seguía
Con la vista y con el alma:
Solo á ella veían mis ojos,
Solo su voz escuchaba.
Si fuera como esta hermosa
La que el destino me guarda,
¡Cuán dichoso me creyera!
¡Oh, cómo tierno la amara!

Mientras bailaba ligera
Una presurosa valsa,
Cayérasele un ramito

Que en la cabeza llevaba ;
 Recogilo en el momento
 Como una cosa sagrada,
 Y guardélo aquí en mi pecho
 Que agitado palpitaba.
 Entre confiado y dudoso,
 Acerquéme luego á hablarla.
 Y mirándome risueña,
 Extendió su mano blanca,
 Brindándome una diamela
 Que sobre el pecho ostentaba.
 Al tomarla, yo le dije,
 Con no sé qué desconfianza :
 « ¿Por qué la empleais tan mal? »
 « En nadie mejor empleada,
 Me contestó cariñosa,
 Que en el que humilde se abaja
 Á levantar una flor

Acaso ya pisoteada.... »

Desde entonces ando loco,
 Yo no sé lo que me pasa :
 Soñé con ella esa noche,
 También soñaré mañana.
 Ella, el ramo, la diamela,
 Y aquella boca torneada
 Como el arco del amor,
 Me siguen como fantasmas :
 Unas veces todas juntas
 Otras veces separadas.
 Siempre las tengo presentes
 Y no pudiera olvidarlas,
 Ni aunque tú me lo pidieras
 Ni aunque ella me lo mandara,
 Ni porque traiga en el pecho
 La imágen de la inconstancia.

JUAN CRISÓSTOMO LAFINUR

Nació en San Luis en 1797.

Estudiaba en la universidad de Córdoba del Tucuman, cuando emprendió sus campañas el general Manuel Belgrano. Lafinur dejó entonces el manto de estudiante de ciencias morales, cñó la espada, y dió otra dirección á su espíritu, pues segun expresion de él mismo, tuvo la gloria de pertenecer á la academia de matemáticas fundada por aquel general, para instruccion de los cadetes de su ejército.

Lafinur se dió á conocer en Buenos Aires por algunos periódicos que redactó allí, por sus poesías, y principalmente por la novedad de las doctrinas que profesó en los colegios de aquella ciudad.

En enero de 1823, se doctoró en ambos derechos en la universidad de Santiago de Chile, se casó en esta capital en el mismo año, y murió el 13 de agosto de 1824.

Lafinur fué uno de esos hombres de accion y de entusiasmo, cuyos escritos son inferiores á su talento y á su fama. En los 27 años de su vida, fué militar, periodista, profesor, y cultivó la música.

A LA MUERTE DEL GENERAL BELGRANO

¿Por qué tiembla el sepulcro, y desquiciadas
 Sus sempiternas losas de repente,
 Al pálido brillar de las antorchas
 Los justos y la tierra se conmueven?
 El luto se derrama por el suelo
 Al ángel entregado de la muerte,
 Que á la virtud persigue : ella medrosa
 Al túmulo volóse para siempre.
 Que el campeon ya no muestra el rostro altivo
 Fatal á los tiranos; ni la hueste
 Repite de la Patria el sacro nombre
 Decreto de victoria tantas veces.
 Hoy enlutado su pendon, y al eco
 Del clarin angustiado, el paso tiende,
 Y lo embarga el dolor; ¡dolor terrible
 Que el llanto asoma so la faz del héroe!...
 Y el lamento responde payoroso :
 « Murió Belgrano! » ¡oh Dios! ¡así sucede
 La tumba al carro, el ay doliente al viva,
 La pálida azucena á los laureles!
 ¡Hoja efímera cae! tal resististe
 Al Nofo embravecido y sus vaivenes!
 ¡La tierra fria cobra tus despojos,
 Que abarcará por siempre; mas no puede
 ¡Campeon ilustre! ¡atleta esclarecido!
 La mano que te roba hollar las leyes
 Que el corazon conoce : envanecido
 El jaspe os mostrará á los descendientes
 De la generacion que te lamenta.
 La patria desollada el cuello tiende
 Al puñal parricida que le amaga
 En anárquico horror, la ambicion prende

En los ánimos grandes, y la copa
 Da la venganza al miedo diligente.
 Aun de Témis el ínclito santuario
 Profanado y sin brillo; el inocente,
 El inocente pueblo, ilustre un dia,
 Á la angustia entregado, el combatiente
 Sus heridas inútiles llorando,
 Escapa al atambor; el pais se enciende
 En guerra asoladora que lo ayerma;
 Asoma lá miseria, pues que cede
 La espiga al pié feroz que la quebranta,
 Y ¿ora faltas Belgrano?... ¡Así la muerte
 Y el crimen, y el destino de consuno
 Deshacen la obra santa, que torrentes
 Vale de sangre, y siglos mil de gloria,
 ¡Y diez años de afan! ¡Todo se pierde!
 Tu celo, tu virtud, tu arte, tu génio,
 Tu nombre en fin, que todo lo comprende,
 Flores fueron un dia; marchitólas
 La nieve del sepulcro. Así os lamenta
 La legion que á la gloria condugiste :
 Con tu ejemplo inmortal probó el deleite,
 La mágia del honor, y con destreza
 Amar le hicisteis el teson perenne,
 La hambre angustiadora, el frio agudo....
 Suspende ¡oh musa! y al dolor concede
 Una mísera tregua. Yo le he visto
 Al soldado acorrer que desfallece,
 Y abrazarlo, cubrirlo, y consolarlo.
 Ora rayo de Marte se desprende,
 Y al combate amenaza, y triunfa, y luego
 ¿Qué mas hacer? El desairar la suerte,

Y ser grande por sí; esta no es gloria
Del comun de los héroes; él la ofrece
En pró de los rendidos que perdona.
Ora al génio se presta y lo engrandece :
Corre la juventud, y la natura
La espia en sus arcanos, la sorprende,
Y en sus almas revienta de antemano
El gérmen de las glorias. ¡Oh! ¡quién puede
Describir su piedad immaculada,
Su corazon de fuego, su ferviente
¡Anhelo por el bien! Solo á tí es dado
Historia de los hombres : á tí que eres
La maestra de los tiempos. La arca de oro
De los hechos ilustres de mi héroe,

En tí se deposita; recogedla,
Y al mundo dadla en signos indelebles.
Y vos ; sombras preciosas de Balcarce,
De Oliver, de Colet, Martinez, Velez!
Ved vuestro general; ya es con vosotros;
Abridle el templo que os mostró valiente.
¡Tucuman! Salta! Pueblos generosos!
Al héroe de Febrero, y de Setiembre
Alzad el postrer himno. Mas vosotras,
Vírgenes tiernas, que otra vez sus sienes
Coronasteis de flores, id á la urna,
Y deponed con ansia reverente
El apenado lirio; émulo hacedlo
De los mármoles, bronces y cipreses.

BRINDIS EN UN CONVITE PATRIÓTICO

Cuatro constelaciones en el cielo
Hoy aparecen de figura extraña :
Al Mediodía corre el astro hermoso,
Y por el Norte se atraviesa el águila.

De fenómeno tal nadie adivina
Los efectos, los modos y las causas :
Se aturde el nécio, el sábio es el que dice :
Colombia y el Perú, Chile y Bonaria.

Á UNA ROSA

Señora de la selva, angusta rosa,
Orgullo de Setiembre, honor del prado,
Que no te despedaze el cierzo osado
Ni marchite la helada rigorosa.

Goza mas; á las manos de mi hermosa
Pasa tu trono; y luego el agraciado
Cabello adorna, y el color rosado
Al ver su rostro aumenta vergonzosa.

Recógeme estas lágrimas que lloro
En tu nevado seno, y si te toca
Á los lábios llegar de la que adoro,

Tambien mi llanto hácia su dulce boca
Correrá, probáralo, y dirá luego :
Ésta rosa está abierta á puro fuego.

VICENTE LOPEZ Y PLANES

Sirvió de voluntario, cuando la invasion de los Ingleses, y escribió en verso el triunfo de estas jornadas.
El año de 1810, fué secretario del coronel Ortiz de Ocampo, y llegó hasta Chuquisaca. En el mismo año fué tambien secretario del primer triunvirato de Chicla, Sarraitea y Pazzo.

Fué sucesivamente diputado á la Asamblea general constituyente, ministro secretario del director Puyrredon, prefecto y fundador de los estudios clásicos, cuando se instaló la universidad; fundador del departamento topográfico; miembro de los congresos del año 1819 y 1823; fundador del Registro estadístico; presidente de la República, el año 1827; Ministro de Hacienda, el año 1828; y presidente del superior tribunal de justicia, hasta la caída de Rosas en 1852. El general Urquiza le encargó del gobierno provisorio, y despues fué electo gobernador de la provincia de Buenos Aires.

De su pluma salió el célebre *Himno nacional Argentino*, que tanto contribuyó á aumentar el entusiasmo de los patriotas.

Fué uno de los hombres mas importantes de su tiempo.

HIMNO NACIONAL ARGENTINO

CORO

Sean eternos los laureles,
Que supimos conseguir;
Coronados de gloria vivamos,
Ó juremos con gloria morir.

Oid, mortales, el grito sagrado,
Libertad, libertad, libertad.
Oid el ruido de rotas cadenas,
Ved en trono á la noble igualdad.
Se levanta á la faz de la tierra,
Una nueva gloriosa Nacion,
Coronada su sien de laureles,
Y á sus plantas rendido un leon.

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar;
La grandeza se anida en sus pechos;
Á su marcha todo hacen temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas,
Y en sus huesos revive el ardor,
Los que ve, renovando á sus hijos,
De la patria el antiguo esplendor.

Pero sierras y muros se sienten
Retumbar con horrible fragor;
Todo el pais se conturba por gritos
De venganza, de guerra y furor;
En los fieros tiranos la envidia
Escupió su pestífera hiel;

Su estandarte sangriento levantan,
Provocando á la lid mas cruel.

¿No los veis sobre Méjico y Quito
Arrojarse con saña tenaz?
¿Y cuál lloran, bañados en sangre,
Potosí, Cochabamba y la Paz?
¿No los veis, sobre el triste Caracas
Luto, llantos y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras,
Todo pueblo que logran rendir?

Á vosotros se atreve, Argentinos,
El orgullo del vil invasor;
Vuestros campos ya pisa, contando
Tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos, que unidos jararon,
Su feliz libertad sostener,
Á esos tigres sedientos de sangre,
Fuertes pechos sabrán oponer.

El valiente Argentino á las armas,
Corre ardiendo con brío y valor;
El clarín de la guerra, cual trueno,
En los campos del Sud resonó.
Buenos Aires se pone á la frente
De los pueblos de la inclita Union,
Y con brazos robustos desgarran
Al Ibérico, altivo Leon.

San José, San Lorenzo, Suipacha,
Ambas Piedras, Salta y Tucuman,
La Colonia, y las mismas murallas
Del tirano en la Banda Oriental,
Son letreros eternos, que dicen :
Aquí el brazo Argentino triunfó ;
Aquí el fiero opresor de la patria
Su cerviz orgullosa dobló.

La victoria al guerrero Argentino
Con sus alas brillantes cubrió ;
Y azorado á su vista el tirano,
Con infamia á la fuga se dió.

Sus banderas, sus armas se rinden
Por trofeos á la libertad ;
Y sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno á su gran majestad.

Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarín,
Y de América el nombre enseñando,
Les repite — mortales ¡oid!...
Ya su trono dignísimo abrieron
Las provincias unidas del Sud,
Y los libres del mundo responden :
Al gran pueblo Argentino ¡Salud !

L O A

Con labio respetuoso,
Os saludo ¡gran pueblo! y felicito,
En uno de los días mas ilustres
De mayo venturoso ;
En este veinte y cinco el mas glorioso,
Día inmortal que debe preferirse,
Con orgullo romano,
Por todo verdadero Americano.
Salve ¡oh gran pueblo! cuna de varones,
Que desdeñando el círculo humillante,
Do sus padres la vida malograron,
Las cadenas tiránicas trozaron,
Y de América orlando los pendones,
Desde estas cercanías del Atlante
Hasta las sierras del Perú triunfaron,
En libertad poniendo
Cuantos se hallaban opresion sufriendo.

La altiva España, viendo su potencia
Cual humo disiparse,
Y espantada, mirando presentarse
El coloso fatal de independencia,
Contra cuya existencia
Siniestramente aglomerado habia
Siglos de nulidad y humillaciones,
Rompe los diques de su atroz venganza,
Y el puñal en la mano,
Recorre el vasto suelo americano.
¡Qué crímenes, qué incendio, qué matanza,
Aquí recuerda el alma estremecida!
¡Compatriotas amados! ¡ah! pasemos
En silencio siquiera a questo día....
Las escenas de sangre y amargura,
Que pudieran turbar nuestra alegría!
Por este día, que del suelo patrio
Los esfuerzos proclaman,
Y su alta gloria, y su brillante fama.

Despliegue su estandarte sanguinoso
Enhorabuena España,

La tierra entregue á su furor y saña ;
Destruya, arrase, incendie cuanto alcance ;
Nada es capaz de producir temores
En los pechos de temple diamantino,
Que de la independencia el gran camino
Á nuestro país abrieron.
El río de la Plata, mas se exalta
Al rudo extruendo de venganza y muerte :
Y su raudal veligero internando,
Con gloria triunfa en Tucuman y Salta,
Impetuoso arrastrando,
Soldados, armas, guiones, atambores,
Y cuanto á su ira el invasor opone :
Victorioso revuelve : en el Oriente
Su poderío estalla,
Y hunde una escuadra, abate una muralla

Estrecha crece la esfera circunscrita
Á su corage y brío :
Atrevido la ensancha ; y aparece
En las llanuras del Atlante armado.
Ante la altiva Cádiz se presenta,
Y sus banderas victorioso ostenta.
Vigo, Ferrol y Vera Cruz, y Habana,
Son testigos tambien de su osadía ;
Y en estos y otros puertos de contado
Gime el comercio hostil encadenado.

El tiránico orgullo tras los Andes
Fortalecido amaga ; mas ¿ qué importa ?
Allá dirige hélios torrentes,
Y alzándolos, entre peligros grandes,
Al nivel de las cumbres eminentes,
Los deja caer, con impetu invencible,
Sobre el opuesto lado ;
Los escollos arrasa, con que osado
Se opone el enemigo á su carrera,
Y es nada en un momento
En que amagó á la patria en su engrimiento.

Sus ímpetus trasmite á los valientes,
Hijos de Tucapel y de Lautaro.
Y sobre Maipo con exfuerzo raro,
Repiten ámbos tan ilustre escena.
Con tanta mayor gloria,
Cuanto mas árdua ha sido la victoria.
¡Qué victoria, argentinos ;
Ella ha borrado en la primer batalla
De la faz de la América unas huestes,
Que audaces en España contuvieron
El velo de las águilas francesas :
Unas huestes, que hicieron
Creer á la Europa, que á su marcha sola,
Cual tímidos rebaños,
Llevarian delante á las legiones,
Que nuestro honor y libertad defienden.
¡Quién les dijera que el destino traía
Regimiento tan bravo
Á servir de trofeo al año octavo ?

¡Patriotas! presenté á vuestra memoria
Un bosquejo lijero
De los timbres marciales, que engrandecen,
De nuestra patria la brillante historia,
Mas no olvidéis, que fueron arrancados
De en medio de los riesgos y la sangre ;
¡Oh! cuántos compañeros denodados
En la flor de sus días perecieron,
Por darnos la alegría,
De que tanto gozamos este día!
¡Oh! quién sus vidas preservar pudiera!
Mas ya que no es posible
Libertarlos del hado y de la muerte,
Sus nombres arranquemos al olvido ;
Vivan continuo en nuestros gratos pechos,

Y de estímulo sirvan, que nos haga
Contestar al teson de los tiranos.
Juremos por sus nombres respetables,
Que vivirá la patria independiente,
Mientras la sangre en nuestras venas corra,
Ó toda derramada,
Antes será, que verla subyugada.

Supremo Director, que en tanto acierto
La nave del Estado engalanada
Diriges hácia el puerto :
Patricios todos, que á la grande causa
Con las armas servís, con el talento,
Ó de vuestros sudores con el fruto !
Confirmad el terrible juramento,
Que á la presencia de los santos manes,
De tantos compatriotas generosos,
En vuestro nombre pronunciar he osado.
Vosotras, madres, que os hallais presentes,
Vosotras todas, bellas argentinas,
De vuestros dulces hijos en el nombre.
En el nombre de todos los que os aman.
Yo lo pronuncio en vuestro cielo fiado.
Confirmadlo tambien, y haced que todos
Los que á vuestra presencia se acercaren,
En vuestro lábio, y vuestros pechos dulces
Aprendan ántes á morir como héroes,
Que el pié besar del orgulloso ibero.
Que a questo juramento, grande y noble,
Con constancia araucana sea cumplido,
Y en muralla de acero
Cada uno de nosotros convertido ;
Desde este instante abono
Las nuevas glorias de este año nono.